

23° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 20.09.2013

“...en la Obra de Dios, en el oratorio, en el monasterio, en el huerto, por el camino...”
(RB 7,63)

Finalmente, nuestro monje humilde del 12° grado de la humildad sale del monasterio y es llamado a irradiar la obra de Dios “*in via*”, por el camino.

Pero, San Benito no lo deja salir de buena gana. Prefiere que se tenga todo dentro del recinto del monasterio “de modo que los monjes no tengan necesidad de salir fuera, lo que no es bueno para sus almas” (RB 66,7). Sí, porque Benito es alérgico a los monjes giróvagos, que están “*semper vagi* – siempre vagando” (RB 1,11). Si hoy volviese san Benito, echaría de su Orden a todos los abades generales, ¡y haría bien!

Sin embargo, el salir fuera es para él como el vino (cfr. RB 40,6): no es el ideal, pero es una realidad que no se consigue eliminar de la vida de los monasterios: por lo que hay que educar para vivir bien lo que podría hacer mal. Es quizá es en este sentido en el que hoy debemos afrontar el uso de Internet, de los móviles, etc. Parece que no se consigue disminuir el uso (¡basta darse una vuelta!). Así pues, es necesario educarnos para vivir bien lo que puede hacernos mal; y vivir bien una cosa, significa para san Benito vivirla dentro de la medida de una obediencia, de una transparencia, de una disciplina comunitaria, de modo que lo que no se consigue disminuir no se nos convierta en un todo en la vida, un ídolo que nos aísla de los demás y que lentamente sustituye al Señor en el espacio infinito de nuestro corazón.

También propone san Benito una disciplina para viajar. Ante todo, se sale solo por obediencia y, por lo tanto, solo si se es “mandado”: el título del capítulo 67 es: “*De fratribus in viam directis* – Los hermanos enviados de viaje”. No se sale del monasterio porque se quiere cambiar de aires. Se sale porque se es mandado por el abad y por la comunidad. Lo que puede ser una tentación de fuga, de disipación y distracción, se convierte entonces en una misión. La disciplina del camino, la disciplina del monje en viaje estriba toda ella en no olvidar o engañar esa “misión”.

La comunidad cuida del hermano que sale o que vuelve, porque su viajar la concierne a ella, la representa. El hermano que sale debe, por ejemplo, vestirse mejor que en el monasterio: “Los que van a salir de viaje recibirán calzones en la ropería y los devolverán, una vez lavados, cuando regresen. Tengan allí cogullas y túnicas un poco mejores que las que se usan de ordinario para entregarlas a los que van de viaje y devuélvanse al regreso” (RB 55,13-14).

Pero sobre todo es en la oración, y en particular en el Oficio divino, donde la comunidad se hace cargo del viaje del hermano o de la hermana que sale. San Benito establece que el viaje, el ir por el camino, en un cierto sentido “parta” precisamente del *opus Dei*. También aquí, como decía el otro día, se ve que cada círculo concéntrico de la vida se irradia siempre del centro de la vida monástica: “Los monjes que van a salir de viaje se encomendarán a la oración de los hermanos y del abad, y en las preces conclusivas de la obra de Dios se recordará siempre a todos los ausentes.

Al regresar del viaje los hermanos, el mismo día que vuelvan, se postrarán sobre el suelo del oratorio en todas las horas al terminarse la obra de Dios, para pedir la oración de todos por las faltas que quizá les hayan sorprendido durante el camino viendo alguna cosa inconveniente u oyendo conversaciones ociosas" (RB 67,1-4).

Así pues, del monasterio se sale partiendo de la obra de Dios, como si fuese la obra de Dios la que nos enviase. Y es a la obra de Dios a la que se vuelve; en ella se encuentra y se restablece el centro de nuestra vida y vocación, un centro que nos vuelve a centrar de todas las disipaciones de la vista, del oído y de la palabra.

Pero, sobre todo, la obra de Dios es como el lazo invisible que mantiene unido el hermano ausente a la comunidad. La comunidad se hace cargo de la ausencia, de la lejanía del hermano, recordándole en la oración de cada Hora del Oficio. Gracias al lazo que tiene con la oración de la comunidad y del abad, el monje ausente puede experimentar un poco lo que Jesús dice de sí mismo con respecto a su misión en el mundo, que es, en el fondo, el mayor "viaje" que se pueda imaginar: "Aquél que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo, porque yo hago siempre las cosas que le agradan" (Jn 8,29). También el monje en viaje puede decir esto de su comunidad, de su abad: "Quien me ha mandado está conmigo", porque en la obra de Dios la comunidad cultiva la comunión con él en la oración. Pero él debe ser responsable de este lazo de unión, de este acompañamiento, haciendo, como Jesús, lo que es agradable al abad y a la comunidad, permaneciendo en la obediencia y en la transparencia.

Cuando se sale del monasterio con esta conciencia, que el Oficio debería alimentar siempre en quien está presente y en quien está ausente, la irradiación de la obra de Dios se verifica también fuera, por el camino, encontrando personas y realidades extrañas.

Benito prescribe que quien vuelve de viaje no se permita jamás "contar a otro cualquier cosa que haya visto o escuchado fuera del monasterio, porque esto sería una gran ruina" (RB 67,5). Es evidente que san Benito no quiere que se contamine el recogimiento y el silencio comunitario con distracciones vanas y mundanas. Pero podríamos también interpretar esta indicación como una invitación a vivir el viaje como una real y gratuita irradiación de la obra de Dios, que solo la humildad hace posible, y no como una especie de batida de caza a la que se sale para capturar "presas" que llevar a casa. La irradiación es, por su misma naturaleza, centrífuga, no centrípeta. El testimonio que el monje humilde debe dar, también fuera, es el de una relación gratuita con las personas y las cosas, no la de una actitud de atracador posesivo.

Esta irradiación sin retorno que el monje humilde debe comunicar al mundo, san Benito, como acabamos de ver, lo pide como una disciplina de la mirada, de la escucha y de la palabra, es decir, como una disciplina de las relaciones personales. Normalmente, el monje no sale distribuyendo dinero, bienes, servicios particulares.

Idealmente, un monje sale solo consigo mismo, con lo que es, y es en esto en lo que se debe expresar, a través de él, la irradiación de la obra de Dios de la que ha salido y a la que permanece unido a través de la comunión de oración con la comunidad. En cierto sentido, al no ser un predicador ni un asistente social, el monje está llamado esencialmente a ofrecer al mundo el testimonio de la mirada.

Es verdad que el monje del 12º grado de humildad tiene los ojos fijos en tierra (cfr. RB 7,63), pero esta actitud es, según mi opinión, una llamada a cultivar una mirada no posesiva, una mirada que no codicia, que no “absorbe” y “consume” lo que ve. La mirada gratuita, como la mirada de Dios, es aquella que no se detiene posesivamente en la superficie de las personas, sino que está atenta al corazón del otro: “El Señor respondió a Samuel: «No mires su aspecto ni su estatura. Yo lo he descartado, porque no cuenta lo que ve el hombre: en efecto, el hombre ve la apariencia, pero el Señor ve el corazón.»” (1 Sam 16,7).

También esta mirada es una irradiación que san Benito nos educa para cultivar en el Oficio divino, en efecto, nos dice en el capítulo 19: “Creemos que Dios está presente en todo lugar y que los ojos del Señor están vigilando en todas partes a buenos y malos; pero esto debemos creerlo especialmente sin la menor vacilación cuando estamos en el oficio divino” (RB 19,1-2).

La verdadera belleza cristiana no es la que se ve, la que atrae las miradas, sino aquella que mira, que irradia sobre todos y sobre todo, la mirada gratuita de Dios, que ve en cada persona un corazón hecho por Dios y para Dios, un corazón que sufre y goza, y que siempre tiene necesidad de ser amado y de amar.

Por esto, cuando estamos de viaje, no solo debemos aprender a mirar gratuitamente a las personas, sino incluso a no concebir nuestro testimonio de un modo narcisista, creyendo que cuanto más atraemos la mirada de los demás mayor testimonio damos. Esta es un poco la tendencia de hoy: en las páginas de Internet de los monasterios, en las relaciones con los medios de comunicación, en el modo de presentarse y de promover las vocaciones, se cae con frecuencia en un “hedonismo monástico” que manifiesta una falta de profundidad interior. El testimonio monástico no es un desfile de moda, ni un concurso para elegir miss o míster mundo. Ser monje no es un “look”, una belleza que quiere atraer las miradas y la admiración del mundo. Como decía antes, la belleza cristiana y monástica no está en ser mirados, sino en el mirar. Como la belleza de Jesús. Ningún Evangelio nos dice de qué color eran los ojos de Jesús, si era rubio o castaño, y ni siquiera si era especialmente hermoso. Quizá era pequeño y gordo, con los dientes torcidos. Pero los Evangelios nos hablan constantemente de la mirada de Jesús, del modo con el que miraba a las personas. Esto era lo que impresionaba de Él, esta era su belleza, incluso cuando, en la Cruz, sin atraer las miradas, porque estaba desfigurado y feo, como escribe Isaías (cfr. Is 52,14; 53,2-3), miró con amor al ladrón arrepentido, María, Juan, el centurión y la multitud que Lo insultaba.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist